La culpa del inocente (o la inocencia del culpable)

Por Rodrigo Fresán

Como bien apunta Martin Amis en *The War Against Cliche* –su nuevo libro de ensayos–, "*Madre noche* de Kurt Vonnegut continúa siendo hasta donde sé el único libro gracioso sobre el Tercer Reich jamás escrito o que jamás se intentara escribir. No deja de ser apropiado e interesante que semejante novela haya sido producida no por un judío sino por un alemán, un alemán-americano que luchó contra los nazis durante la Segunda Guerra Mundial y uno de los contados sobrevivientes del bombardeo yanqui a la ciudad alemana de Dresde en donde se encontraba como prisionero de guerra de los nazis".

El autor de *Madre noche* es, sí, Kurt Vonnegut y el héroe de *Madre noche* es un tal Howard W. Campbell Jr, dramaturgo mediocre, propagandista radiofónico nazi y contraespía para los Estados Unidos. El problema es que pocos saben esto último y ahora –tantos años después– Campbell es idolatrado por neonazis del Greenwich Village y perseguido por agentes israelíes que lo quieren llevar a Israel para ser juzgado.

Resumiendo: Campbell es compañero de presidio de Adolf Eichmann y está muy cansado y lo único que espera es poder terminarse a sí mismo antes de que terminen con él.

Campbell es un hombre sin rumbo ni patria y de eso trata *Madre noche* bajo su tono aparentemente zumbón: de lo que ocurre cuando nuestras máscaras acaban convirtiéndose en nuestros rostros.

Así, el primer párrafo de esta novela considerada con *Matadero 5* su libro más perfecto: "Ésta es la única de mis historias cuya moraleja puedo comprender. No creo que se trate de una maravillosa moraleja; sólo digo que puedo entenderla: Somos lo que pretendemos ser, así que tenemos que tener mucho cuidado con lo que pretendemos ser".

Cuesta elegir un *gran momento* de *Madre noche* porque acaso toda la novela no sea otra cosa que un gran momento fracturado.

Rompiendo un poco las reglas de este suplemento –Vonnegut, después de todo, es un escritor "rompedor"– elijo dos pequeños grandes momentos complementarios: la conversación terrible entre Campbell y su suegro alemán donde el "héroe" escucha y acaso intuye la espantosa eficacia de su disfraz y, años más tarde, en Nueva York, cuando el eco de esa conversación finalmente lo alcanza y lo inmoviliza.

Ahí, en la más que correcta adaptación cinematográfica de *Madre noche* –con Nick Nolte en el rol protagónico– Campbell queda paralizado en el medio de una calle de Manhattan mientras a su alrededor la gente camina en cámara lenta.

Todos ignoran la parálisis de Campbell menos un viejo de envidiable cabellera y de mirada triste que le clava los ojos en los ojos.

Ese viejo es Kurt Vonnegut.



Madre n

Por Kurt Vonnegut

Helga y yo nos quedamos solos, por fin.

Nos sentimos tímidos.

Como ya era un hombre de cierta edad y había pasado bastantes años célibe, me sentía más que tímido. Temía poner a prueba mi fuerza amatoria. Y ese temor aumentaba por el sorprendente número de características juveniles que mi Helga había mantenido milagrosamente.

–Esto..., esto es lo que se llama empezar a conocerse de nuevo.

Hablábamos en alemán.

–Sí.

Ahora estaba junto a la ventana del frente, mirando las patrióticas divisas que yo había dibujado sobre los vidrios cubiertos de polvo.

–¿Cuál de ellos es tu símbolo ahora, Howard?

–¿Cómo dices?

–La hoz y el martillo, la esvástica, la bandera yanki... ¿Cuál te gusta más?

–Pregúntame sobre música –le dije.

–¿Qué?

–Que me preguntes qué clase de música me gusta ahora. Puedo opinar sobre música; pero no tengo opiniones políticas.

–Ya entiendo. Está bien... ¿Qué música te gusta ahora?

–*Navidad Blanca* –le dije–. Me gusta *Navidad Blanca*, cantada por Bing Crosby.

–No entiendo bien.

–Es mi pieza favorita. Me gusta tanto que tengo veintiséis versiones de ella.

Me miró sin comprender.

–Ah, ¿sí?

–Es... Es un chiste personal –dije débilmente.

–Oh.

–Personal... He vivido tanto tiempo solo que todo lo que me rodea es personal. Me sorprende que alguien pueda entender una palabra de lo que digo.

–Yo te entenderé –me dijo tiernamente–. Dame un poco de tiempo. No mucho, sólo un poco... y te prometo que entenderé todo lo que digas. Lo entenderé de nuevo.

Hizo un movimiento de cabeza:

–Yo también tengo mis chistes personales...

–En adelante –dije– construiremos otra vez un mundo personal para dos.

–Será hermoso.

–Una nación de dos, de nuevo.

–Sí, Howard. Quiero preguntarte algo.

–Lo que quieras.

–Sé cómo murió mi padre; pero no he podido averiguar nada sobre mamá y Resi. ¿Has tenido noticias?

–No.

–¿Cuándo las viste por última vez?

Recordé. Era capaz de recordar la fecha exacta en que había visto por última vez al padre de Helga, a la madre y a su preciosa, imaginativa hermanita Resi Noth.

–El 12 de febrero de 1945 –le dije.

Y le conté lo que había pasado ese 12 de febrero. Aquel día hizo tanto frío que sentí hasta dolor en los huesos. Robé una moto y fui a visitar a mi familia política. La familia de Werner Noth, el jefe de policía de Berlín.

Werner Noth vivía en las afueras de la ciudad, lejos del área considerada objetivo de los bombardeos. Vivía con su esposa y su hija en una casa de blancos muros que tenía la monolítica, humana grandeza de una tumba de un noble romano. En cinco años de guerra, aquella casa no había sufrido ni siquiera la astilladura de un vidrio. Al sur, las altas ventanas embutidas enmarcaban un huerto cercado por muros; las ventanas del norte recortaban los monumentos mellados entre las ruinas de Berlín.

Me había puesto el uniforme. De mi cinturón colgaba una pequeña pistola y una enorme, fantasiosa daga ceremonial. Normalmente no vestí mi uniforme; pero tenía derecho a llevar el uniforme auriazul del comandante del Cuerpo Norteamericano Libre.

El Cuerpo Norteamericano Libre era una ilusión nazi; la quimera de una unidad de combatientes integrada principalmente por prisioneros de guerra estadounidenses. Era una organización de voluntarios. Se suponía que sólo pelearía en el frente ruso. Iba a ser una máquina combativa, de alta moral, motivada por el amor a la civilización occidental y por el pavor a las hordas mongólicas.

Cuando llamo a esta unidad "ilusión nazi", digámoslo claro, sufro un ataque de esquizofrenia. Porque la idea del Cuerpo Norteamericano Libre nació de mí. Fui yo quien sugirió su creación, diseñó sus uniformes e insignia y escribió su credo.

Esta profesión de fe empezaba así: "Yo, como mis honorables antepasados norteamericanos creo en la verdadera libertad...".

El Cuerpo Norteamericano Libre no tuvo un éxito clamoroso. Unicamente se unieron a él tres empleados de obras públicas. Sólo Dios sabe qué habrá sido de ellos. Supongo que ya estarían todos muertos aquel día que visité a mi familia política y que yo era el único superviviente del Cuerpo.

Cuando hice aquella visita, los rusos se encontraban a sólo cuarenta kilómetros de Berlín. Había decidido que la guerra iba a terminar; que ya era tiempo de poner fin a mi carrera de espía. Me puse el uniforme para deslumbrar a cualquier alemán que intentase detenerme e impedir mi salida de Berlín. Había atado un paquete con ropa civil al guardabarros trasero de mi moto robada.

Mi visita a los Noth no tenía nada que ver con el plan de mi fuga. Quería despedirme de ellos y que ellos se despidieran de mí. Los estimaba, los compadecía... En cierto modo, los quería.

El portón de hierro de la enorme casa blanca estaba abierto. El propio Werner Noth se encontraba de pie junto a él, con las manos en las caderas. Observaba el trabajo de una cuadrilla de esclavas polacas y rusas. Las mujeres arrastraban baúles y muebles desde la casa hasta tres furgones tirados por caballos parados al frente.

Los conductores de los furgones eran mongoles bajos y dorados: trofeos obtenidos por los alemanes durante la campaña de Crimea.

El supervisor de las mujeres era un obeso holandés de mediana edad, embutido en un traje raído.

Vigilaba a las mujeres un alto anciano armado con un rifle de un solo tiro, de aquellos de la guerra franco-prusiana. De su pecho ruinoso pendía una Cruz de Hierro.

Una de las esclavas arrastraba los pies desde la casa cargada con un jarrón azul de hermosa luminiscencia. Calzaba zuecos de madera, articulados con tiras de lona. Parecía una andrajosa bolsa asexuada, innominada y sin edad. Sus ojos eran como ostras. Tenía la nariz agrietada por el frío, cubierta de manchas blancas y rojo cereza.

Parecía estar a punto de dejar caer el jarrón de un momento a otro, de desaparecer tan profundamente en el interior de sí misma que permitiría que el jarrón se le escurriera de entre los dedos. Mi suegro vio el peligro y saltó como una alarma contra robos. Pidió a gritos a Dios que tuviese piedad de él sólo una vez más, que le mostrase sólo una vez más a otro ser humano inteligente y con energía.

Arrebató el jarrón de las manos de la aturdida mujer. A punto de llorar, sin asomo de pudor, nos pidió a todos que adoráramos aquel jarrón azul que había estado en un tris de irse de este mundo a causa de la haraganería y la estupidez.

El raído holandés, el jefe de paja, se acercó entonces a la mujer y le repitió, palabra por palabra y grito por grito, todo lo que mi suegro había gritado. El ruinoso soldado también se acercó como para representar la fuerza que se usaría contra la mujer, si fuese necesario.

Lo que hicieron al final fue curioso. Ni la tocaron.

Madre noche

Por Kurt Vonnegut

Helga y yo nos quedamos solos, por fin.

Nos sentimos tímidos.

Como ya era un hombre de cierta edad y había pasado bastantes años célibe, me sentía más que tímido. Temía poner a prueba mi fuerza amatoria. Y ese temor aumentaba por el sorprendente número de características juveniles que mi Helga había mantenido milagrosamente.

–Esto..., esto es lo que se llama empezar a conocerse de nuevo.

Hablábamos en alemán.

–Sí.

Ahora estaba junto a la ventana del frente, mirando las patrióticas divisas que yo había dibujado sobre los vidrios cubiertos de polvo.

–¿Cuál de ellos es tu símbolo ahora, Howard?

–¿Cómo dices?

–La hoz y el martillo, la esvástica, la bandera yanki... ¿Cuál te gusta más?

–Pregúntame sobre música –le dije.

–¿Qué?

–Que me preguntes qué clase de música me gusta ahora. Puedo opinar sobre música; pero no tengo opiniones políticas.

–Ya entiendo. Está bien... ¿Qué música te gusta ahora?

–*Navidad Blanca* –le dije–. Me gusta *Navidad Blanca*, cantada por Bing Crosby.

–No entiendo bien.

–Es mi pieza favorita. Me gusta tanto que tengo veintiséis versiones de ella.

Me miró sin comprender.

–Ah, ¿sí?

–Es... Es un chiste personal –dije débilmente.

–Oh.

–Personal... He vivido tanto tiempo solo que todo lo que me rodea es personal. Me sorprende que alguien pueda entender una palabra de lo que digo.

–Yo te entenderé –me dijo tiernamente–. Dame un poco de tiempo. No mucho, sólo un poco... y te prometo que entenderé todo lo que digas. Lo entenderé de nuevo.

Hizo un movimiento de cabeza:

–Yo también tengo mis chistes personales...

–En adelante –dije– construiremos otra vez un mundo personal para dos.

–Será hermoso.

–Una nación de dos, de nuevo.

–Sí, Howard. Quiero preguntarte algo.

–Lo que quieras.

–Sé cómo murió mi padre; pero no he podido averiguar nada sobre mamá y Resi. ¿Has tenido noticias?

–No.

–¿Cuándo las viste por última vez?

Recordé. Era capaz de recordar la fecha exacta en que había visto por última vez al padre de Helga, a la madre y a su preciosa, imaginativa hermanita Resi Noth.

–El 12 de febrero de 1945 –le dije.

Y le conté lo que había pasado ese 12 de febrero. Aquel día hizo tanto frío que sentí hasta dolor en los huesos. Robé una moto y fui a visitar a mi familia política. La familia de Werner Noth, el jefe de policía de Berlín.

Werner Noth vivía en las afueras de la ciudad, lejos del área considerada objetivo de los bombardeos. Vivía con su esposa y su hija en una casa de blancos muros que tenía la monolítica, humana grandeza de una tumba de un noble romano. En cinco años de guerra, aquella casa no había sufrido ni siquiera la astilladura de un vidrio. Al sur, las altas ventanas embutidas enmarcaban un huerto cercado por muros; las ventanas del norte recortaban los monumentos mellados entre las ruinas de Berlín.

Me había puesto el uniforme. De mi cinturón colgaba una pequeña pistola y una enorme, fantasiosa daga ceremonial. Normalmente no vestí mi uniforme; pero tenía derecho a llevar el uniforme auriazul del comandante del Cuerpo Norteamericano Libre.

El Cuerpo Norteamericano Libre era una ilusión nazi; la quimera de una unidad de combatientes integrada principalmente por prisioneros de guerra estadounidenses. Era una organización de voluntarios. Se suponía que sólo pelearía en el frente ruso. Iba a ser una máquina combativa, de alta moral, motivada por el amor a la civilización occidental y por el pavor a las hordas mongólicas.

Cuando llamo a esta unidad "ilusión nazi", digámoslo claro, sufro un ataque de esquizofrenia. Porque la idea del Cuerpo Norteamericano Libre nació de mí. Fui yo quien sugirió su creación, diseñó sus uniformes e insignia y escribió su credo.

Esta profesión de fe empezaba así: "Yo, como mis honorables antepasados norteamericanos creo en la verdadera libertad...".

El Cuerpo Norteamericano Libre no tuvo un éxito clamoroso. Unicamente se unieron a él tres empleados de obras públicas. Sólo Dios sabe qué habrá sido de ellos. Supongo que ya estarían todos muertos aquel día que visité a mi familia política y que yo era el único superviviente del Cuerpo.

Cuando hice aquella visita, los rusos se encontraban a sólo cuarenta kilómetros de Berlín. Había decidido que la guerra iba a terminar; que ya era tiempo de poner fin a mi carrera de espía. Me puse el uniforme para deslumbrar a cualquier alemán que intentase detenerme e impedir mi salida de Berlín. Había atado un paquete con ropa civil al guardabarros trasero de mi moto robada.

Mi visita a los Noth no tenía nada que ver con el plan de mi fuga. Quería despedirme de ellos y que ellos se despidieran de mí. Los estimaba, los compadecía... En cierto modo, los quería.

El portón de hierro de la enorme casa blanca estaba abierto. El propio Werner Noth se encontraba de pie junto a él, con las manos en las caderas. Observaba el trabajo de una cuadrilla de esclavas polacas y rusas. Las mujeres arrastraban baúles y muebles desde la casa hasta tres furgones tirados por caballos parados al frente.

Los conductores de los furgones eran mongoles bajos y dorados: trofeos obtenidos por los alemanes durante la campaña de Crimea.

El supervisor de las mujeres era un obeso holandés de mediana edad, embutido en un traje raído.

Vigilaba a las mujeres un alto anciano armado con un rifle de un solo tiro, de aquellos de la guerra franco-prusiana. De su pecho ruinoso pendía una Cruz de Hierro.

Una de las esclavas arrastraba los pies desde la casa cargada con un jarrón azul de hermosa luminiscencia. Calzaba zuecos de madera, articulados con tiras de lona. Parecía una andrajosa bolsa asexuada, innominada y sin edad. Sus ojos eran como ostras. Tenía la nariz agrietada por el frío, cubierta de manchas blancas y rojo cereza.

Parecía estar a punto de dejar caer el jarrón de un momento a otro, de desaparecer tan profundamente en el interior de sí misma que permitiría que el jarrón se le escurriera de entre los dedos. Mi suegro vio el peligro y saltó como una alarma contra robos. Pidió a gritos a Dios que tuviese piedad de él sólo una vez más, que le mostrase sólo una vez más a otro ser humano inteligente y con energía.

Arrebató el jarrón de las manos de la aturdida mujer. A punto de llorar, sin asomo de pudor, nos pidió a todos que adoráramos aquel jarrón azul que había estado en un tris de irse de este mundo a causa de la haraganería y la estupidez.

El raído holandés, el jefe de paja, se acercó entonces a la mujer y le repitió, palabra por palabra y grito por grito, todo lo que mi suegro había gritado. El ruinoso soldado también se acercó como para representar la fuerza que se usaría contra la mujer, si fuese necesario.

Lo que hicieron al final fue curioso. Ni la tocaron.

Simplemente la privaron del honor de transportar más posesiones de Noth.

La obligaron a pararse a un lado, mientras siguieron confiando a las demás tesoro tras tesoro. Su castigo fue hacerla aparecer como una imbécil. Se le había dado la oportunidad de participar de la civilización y ella la había dejado escapar.

–He venido a decirle adiós –le dije a Noth.

–Adiós.

–Me voy al frente.

–Justo por ahí, por esa carretera –me dijo, señalándome el este–. Un corto paseo, desde aquí. Lo puede hacer en un día; y recogiendo campanillas mientras camina.

–No creo que volvamos a vernos.

–¿Y? –dijo.

Me encogí de hombros:

–Y nada.

–Exactamente. Nada de nada de nada.

–¿Puedo preguntarle adónde se muda?

–Yo me quedo; son mi mujer y mi hija las que se van a casa de mi hermano, cerca de Colonia.

–¿Puedo hacer algo para ayudar?

–Sí. ¿Por qué no mata al perro de Resi? No puede viajar con ellas. Y a mí no me interesa, porque no podré prodigarle todo el cuidado y la compañía a que Resi lo tenía acostumbrado. Péguele un tiro, por favor.

–¿Dónde está?

–Me parece que lo encontrará en el cuarto de música, con Resi. Ella ya sabe que hay que matarlo. No se opondrá.

–Está bien.

–Es un hermoso uniforme el que lleva –me dijo.

–Gracias.

–¿Me supondría muy mal educado si le pregunto qué significa?

Nunca lo había llevado puesto en su presencia.

Le expliqué lo que significaba; le mostré el dibujo en la empuñadura de la daga. Era un emblema, plata sobre fondo color nogal, que representaba a un águila estadounidense sosteniendo con su garra derecha una esvástica y devorando a una serpiente asida con la izquierda. La serpiente quería significar el comunismo judío internacional. Una diadema de trece estrellas rodeaba la cabeza del águila, representando las trece colonias norteamericanas originales. Yo había esbozado el diagrama inicial de la divisa; y como no dibujo muy bien, pinté estrellas de David, de seis puntas, en vez de las estrellas estadounidenses, de cinco puntas. El platero, aunque mejorara pródigamente mi águila, había reproducido exactamente mis estrellas de seis puntas.

Fueron las estrellas las que llamaron la atención de mi suegro.

–Representan a los trece judíos en el gabinete ministerial de Franklin Roosevelt –dijo.

–Es una idea muy graciosa.

–Todo el mundo piensa que los alemanes no tenemos ningún sentido del humor.

–Alemania es el país más mal interpretado del mundo –dije.

–Usted es uno de los pocos extranjeros que nos entiende de veras.

–Espero que ése sea un cumplido merecido.

–No es un cumplido que se ganó con facilidad. Usted destrozó mi corazón cuando se casó con mi hija. Yo quería a un militar alemán por yerno.

–Lo siento –dije.

–Pero la hizo feliz.

–Espero que sí.

–Como lo odiaba tanto –dijo–, empecé a estudiarlo. Escuchaba todo lo que usted decía. No me perdí ni una de sus emisiones radiofónicas.

–No lo sabía.

–Nadie es tan sabio como para conocerlo todo. ¿Sabe que casi hasta este momento nada me habría deleitado tanto como probar que usted era un espía para poder contemplar su fusilamiento?

–La verdad que no.

–¿Y sabe usted por qué no me importa ya nada que sea un espía o no? Fíjese: me podría decir ahora mismo que lo es y seguiríamos hablando tranquilamente, tal como lo hacemos ahora. Le dejaría irse a donde sea que se van los espías cuando terminan las guerras... ¿Y sabe por qué?

–No –dije.

–Porque usted nunca podría haber servido al enemigo tanto como nos sirvió a nosotros. Me di cuenta de que casi todas las ideas que ahora tengo, esas ideas que impiden que me avergüence de lo que haya sentido o hecho como nazi, no provienen de Hitler ni de Goebbels ni de Himmler: vienen de usted.

Me tomó la mano:

–Sólo usted me impidió pensar que Alemania se había vuelto loca.

Se separó de mí abruptamente. Se acercó a la mujer de ojos como ostras, la que casi había dejado caer el jarrón azul. La mujer seguía de pie contra el muro, donde le habían ordenado que se quedara, representando entumecidamente su papel de burra en penitencia.

Werner Noth la sacudió un poco, intentando despertar en ella un átomo de inteligencia. Señaló a otra mujer que cargaba un horrible perro chino tallado en roble; lo cargaba con tanto cuidado que parecía tratarse de un niño de pecho.

–¿Ves? –le dijo Noth a la burra penitente.

No la había atormentado intencionadamente. Trataba de hacer de ella, a pesar de su estupidez, un producto más terminado, un ser humano más útil.

–¿Ves? –le dijo de nuevo con ardor y con el propósito de ayudarla, con tono de súplica–. Esa es la manera de manejar objetos preciosos.

Me arrestaron junto con todos los demás. Unas horas después me encontré en libertad, gracias –supongo– a la intercesión de Mi Hada Madrina Azul. El lugar donde me detuvieron tan brevemente fue una oficina sin nombre, situada en el Empire State.

Un agente me acompañó en el ascensor hasta la acera, devolviéndome a la corriente de la vida. Quizá llegué a dar cincuenta pasos por la acera, cuando me detuve.

Me quedé helado.

No fue el sentido de culpabilidad lo que me heló. Me había enseñado a mí mismo a no sentirme culpable jamás.

Tampoco fue un horrible sentido de pérdida lo que me heló. Me había enseñado a mí mismo a no desear nada.

Tampoco me heló el odio a la muerte. Me había enseñado a mí mismo a pensar en ella como en un amigo.

Tampoco la rabia desconsoladora contra la injusticia. Me había enseñado a mí mismo que un ser humano encontrará con más facilidad diademas de diamantes en las cloacas que recompensas y castigos justos.

Tampoco el pensamiento de que nadie me amaba. Me había enseñado a mí mismo a arreglármelas sin amor. Tampoco el pensar que Dios era cruel. Me había enseñado a mí mismo a no esperar jamás nada de El.

Lo que me dejó helado fue el hecho de que no tenía ningún motivo para moverme en una o en otra dirección. Lo que me había impulsado a movilizarme durante tantos años muertos y vacíos había sido la curiosidad.

Y ahora, hasta eso se había extinguido.

No sé decir cuánto tiempo estuve allí, helado. Si iba a moverme otra vez, alguien tendría que ofrecerme una buena razón para hacerlo.

Y alguien lo hizo.

Un policía me observó durante un rato. Luego se me acercó y me dijo:

–¿Está bien?

–Sí.

–Ha estado ahí parado mucho tiempo.

–Lo sé.

–¿Espera a alguien?

–No.

–Entonces es mejor que siga su camino, ¿no le parece? –dijo.

–Sí, señor –asentí.

Y seguí mi camino.

Epígrafe p. 2–3: De *Madre noche* (Editorial Anagrama). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

oche

Simplemente la privaron del honor de transportar más posesiones de Noth.

La obligaron a pararse a un lado, mientras siguieron confiando a las demás tesoro tras tesoro. Su castigo fue hacerla aparecer como una imbécil. Se le había dado la oportunidad de participar de la civilización y ella la había dejado escapar.

–He venido a decirle adiós –le dije a Noth.

–Adiós.

–Me voy al frente.

–Justo por ahí, por esa carretera –me dijo, señalándome el este–. Un corto paseo, desde aquí. Lo puede hacer en un día; y recogiendo campanillas mientras camina.

–No creo que volvamos a vernos.

–¿Y? –dijo.

Me encogí de hombros:

–Y nada.

–Exactamente. Nada de nada de nada.

–¿Puedo preguntarle adónde se muda?

–Yo me quedo; son mi mujer y mi hija las que se van a casa de mi hermano, cerca de Colonia.

–¿Puedo hacer algo para ayudar?

–Sí. ¿Por qué no mata al perro de Resi? No puede viajar con ellas. Y a mí no me interesa, porque no podré prodigarle todo el cuidado y la compañía a que Resi lo tenía acostumbrado. Péguele un tiro, por favor.

–¿Dónde está?

–Me parece que lo encontrará en el cuarto de música, con Resi. Ella ya sabe que hay que matarlo. No se opondrá.

–Está bien.

–Es un hermoso uniforme el que lleva –me dijo.

–Gracias.

–¿Me supondría muy mal educado si le pregunto qué significa?

Nunca lo había llevado puesto en su presencia.

Le expliqué lo que significaba; le mostré el dibujo en la empuñadura de la daga. Era un emblema, plata sobre fondo color nogal, que representaba a un águila estadounidense sosteniendo con su garra derecha una esvástica y devorando a una serpiente asida con la izquierda. La serpiente quería significar el comunismo judío internacional. Una diadema de trece estrellas rodeaba la cabeza del águila, representando las trece colonias norteamericanas originales. Yo había esbozado el diagrama inicial de la divisa; y como no dibujo muy bien, pinté estrellas de David, de seis puntas, en vez de las estrellas estadounidenses, de cinco puntas. El platero, aunque mejorara pródigamente mi águila, había reproducido exactamente mis estrellas de seis puntas.

Fueron las estrellas las que llamaron la atención de mi suegro.

–Representan a los trece judíos en el gabinete ministerial de Franklin Roosevelt –dijo.

–Es una idea muy graciosa.

–Todo el mundo piensa que los alemanes no tenemos ningún sentido del humor.

–Alemania es el país más mal interpretado del mundo –dije.

–Usted es uno de los pocos extranjeros que nos entiende de veras.

–Espero que ése sea un cumplido merecido.

–No es un cumplido que se ganó con facilidad. Usted destrozó mi corazón cuando se casó con mi hija. Yo quería a un militar alemán por yerno.

–Lo siento –dije.

–Pero la hizo feliz.

–Espero que sí.

–Como lo odiaba tanto –dijo–, empecé a estudiarlo. Escuchaba todo lo que usted decía. No me perdí ni una de sus emisiones radiofónicas.

–No lo sabía.

–Nadie es tan sabio como para conocerlo todo. ¿Sabe que casi hasta este momento nada me habría deleitado tanto como probar que usted era un espía para poder contemplar su fusilamiento?

–La verdad que no.

–¿Y sabe usted por qué no me importa ya nada que sea un espía o no? Fíjese: me podría decir ahora mismo que lo es y seguiríamos hablando tranquilamente, tal como lo hacemos ahora. Le dejaría irse a donde sea que se van los espías cuando terminan las guerras... ¿Y sabe por qué?

–No –dije.

–Porque usted nunca podría haber servido al enemigo tanto como nos sirvió a nosotros. Me di cuenta de que casi todas las ideas que ahora tengo, esas ideas que impiden que me avergüence de lo que haya sentido o hecho como nazi, no provienen de Hitler ni de Goebbels ni de Himmler: vienen de usted.

Me tomó la mano:

–Sólo usted me impidió pensar que Alemania se había vuelto loca.

Se separó de mí abruptamente. Se acercó a la mujer de ojos como ostras, la que casi había dejado caer el jarrón azul. La mujer seguía de pie contra el muro, donde le habían ordenado que se quedara, representando entumecidamente su papel de burra en penitencia.

Werner Noth la sacudió un poco, intentando despertar en ella un átomo de inteligencia. Señaló a otra mujer que cargaba un horrible perro chino tallado en roble; lo cargaba con tanto cuidado que parecía tratarse de un niño de pecho.

–¿Ves? –le dijo Noth a la burra penitente.

No la había atormentado intencionadamente. Trataba de hacer de ella, a pesar de su estupidez, un producto más terminado, un ser humano más útil.

–¿Ves? –le dijo de nuevo con ardor y con el propósito de ayudarla, con tono de súplica–. Esa es la manera de manejar objetos preciosos.

Me arrestaron junto con todos los demás. Unas horas después me encontré en libertad, gracias –supongo– a la intercesión de Mi Hada Madrina Azul. El lugar donde me detuvieron tan brevemente fue una oficina sin nombre, situada en el Empire State.

Un agente me acompañó en el ascensor hasta la acera, devolviéndome a la corriente de la vida. Quizá llegué a dar cincuenta pasos por la acera, cuando me detuve.

Me quedé helado.

No fue el sentido de culpabilidad lo que me heló. Me había enseñado a mí mismo a no sentirme culpable jamás.

Tampoco fue un horrible sentido de pérdida lo que me heló. Me había enseñado a mí mismo a no desear nada.

Tampoco me heló el odio a la muerte. Me había enseñado a mí mismo a pensar en ella como en un amigo.

Tampoco la rabia desconsoladora contra la injusticia. Me había enseñado a mí mismo que un ser humano encontrará con más facilidad diademas de diamantes en las cloacas que recompensas y castigos justos.

Tampoco el pensamiento de que nadie me amaba. Me había enseñado a mí mismo a arreglármelas sin amor. Tampoco el pensar que Dios era cruel. Me había enseñado a mí mismo a no esperar jamás nada de El.

Lo que me dejó helado fue el hecho de que no tenía ningún motivo para moverme en una o en otra dirección. Lo que me había impulsado a movilizarme durante tantos años muertos y vacíos había sido la curiosidad.

Y ahora, hasta eso se había extinguido.

No sé decir cuánto tiempo estuve allí, helado. Si iba a moverme otra vez, alguien tendría que ofrecerme una buena razón para hacerlo.

Y alguien lo hizo.

Un policía me observó durante un rato. Luego se me acercó y me dijo:

–¿Está bien?

–Sí.

–Ha estado ahí parado mucho tiempo.

–Lo sé.

–¿Espera a alguien?

–No.

–Entonces es mejor que siga su camino, ¿no le parece? –dijo.

–Sí, señor –asentí.

Y seguí mi camino.

Epígrafe p. 2–3: De *Madre noche* (Editorial Anagrama). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

buenos amigos

Estos cinco chicos quisieron hacer un regalo importante a cada uno de sus amigos, pero como tenían poco dinero aumentaron el valor de lo ofrecido con una atención especial. Disfrute averiguando quién se encargó de dar el regalo, quién lo eligió y quién lo envolvió en cada caso.

1. En el esquema encontrará cuatro números 1, cuatro números 2 y cuatro números 3. Tenga en cuenta que:
Entre las cuatro casillas con un 1, una y sólo una lleva un acierto.
Entre las cuatro casillas con un 2, dos y sólo dos llevan un acierto.
Entre las cuatro casillas con un 3, tres y sólo tres llevan un acierto

2. En la confección de cada regalo, los chicos participantes asumieron roles siempre distintos.



Amigo	Dio a	Elegido por	Envuelto por
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

s. lanier

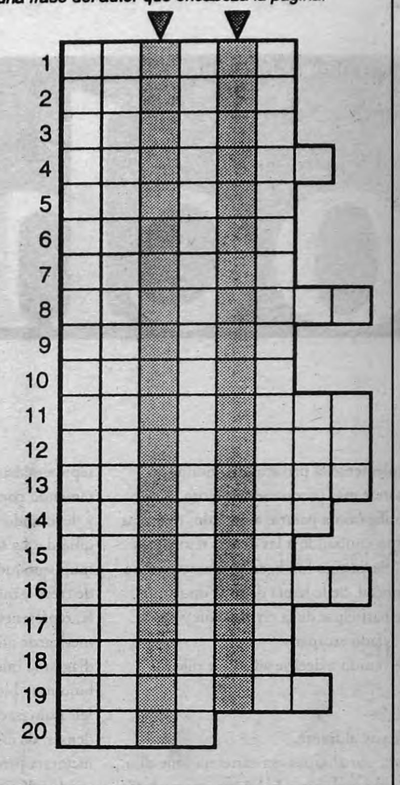
Encuentre las palabras definidas, ayudándose con la lista de sílabas que figura al pie, y escríbalas en el esquema. Al terminar podrá leer, en las columnas señaladas, una frase del autor que encabeza la página.

DEFINICIONES

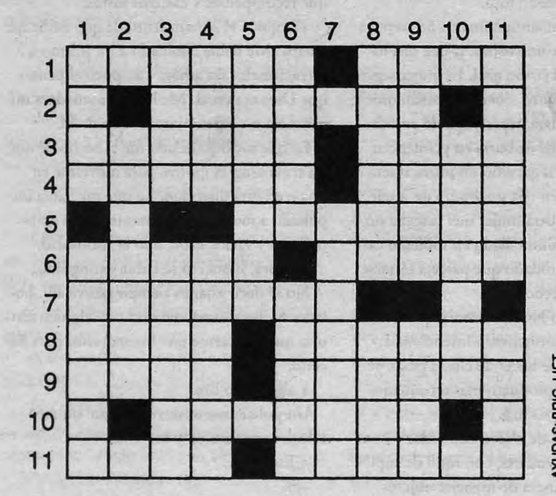
1. Copiar un dibujo.
2. En inglés, coñac.
3. Separar las partes de un todo.
4. Atemorizar.
5. Capital de Portugal.
6. Persona que sirve a otra por salario.
7. Convenir ciertas condiciones para concluir un negocio.
8. Disposición de un contrato.
9. Nube en contacto con la tierra.
10. Inquirir, averiguar.
11. Dícese de las cosas rectangulares, más anchas que altas.
12. Reproducido por medio de yemas.
13. Irregularidad.
14. Veleta de torre.
15. Adverbio: casi no.
16. Manivela de la bicicleta.
17. Serpiente.
18. Atravesar en forma de cruz.
19. Soltar, desprender.
20. Parte saliente de la cabeza de la aves.

LAS PALABRAS SE FORMAN CON ESTAS SILABAS

a, a, a, a, a, a, bla, bo, bo, bran, brio, bus, cal, car, car, cláu, co, cria, cru, da, de, do, do, dy, ge, gi, la, lí, Lis, ma, ma, mí, nas, nie, no, nu, pa, pac, pai, pe, per, pi, ra, ral, ro, rom, sa, sa, sir, su, sus, tar, tar, ví, zar.



crucigrama



HORIZONTALES

1. Composición poética./ (...A brac) Tienda de baratillo.
2. Dícese de la línea que une puntos de igual temperatura media en verano.
3. Dícese de una especie de granada, de higo o de naranja./ Pronombre demostrativo (fem., pl.).
4. Criadero o banco de ostras./ En tenis, división de un set.
5. Demostrar cortesía.
6. Provincia de Italia./ Hembra del león.
7. La acción de veranear.
8. (- Estrada) Protagonista de la serie "Chips"./ Dar salida a las aguas muertas mediante zanjas.
9. Iguale una medida con el rasero./ Honda, tirador.
10. De Aries (fem., pl.).
11. Piedra plana, lisa y de poco espesor./ Rey de Egipto, fundador de la 19ª dinastía.

VERTICALES

1. Quien trabaja bajo el agua./ Plantío de uveros.
2. Fuente para asar.
3. (Palabra inglesa) Volea con efecto dada a una pelota./ Pintas algo con los colores del arco iris.
4. Cocinar a las brasas./ Saldrá del vientre materno.
5. Pasasen una pátina dorada.
6. Rey de los hunos./ Primer nombre del escritor Poe.
7. Que llora mucho (fem.).
8. Trabajé con afán./ Mono pequeño de ojos muy grandes que vive en Africa.
9. Igualado con el rasero./ (Elliot) Protagonista de "Los intocables".
10. Domar, domesticar.
11. Unirá con hilo y aguja./ Desgastas.

soluciones

buenos amigos

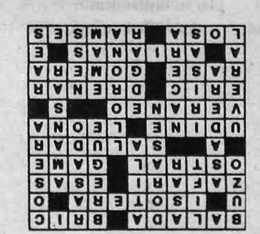
Betina, Patricio, Clarita, Francisco.
Clarita, Francisco, Esteban, Betina.
Esteban, Clarita, Betina, Patricio.
Francisco, Betina, Patricio, Esteban.
Patricio, Esteban, Francisco, Clarita.

s. lanier

1. CALCAR/ 2. BRANDY/ 3. ROMPER/ 4. ASUSTAR/ 5. LISBOA/ 6. CRIADO/ 7. PACTAR/ 8. CLAUSULA/ 9. NIEBLA/ 10. BUSCAR/ 11. APAISADO/ 12. GEMIPARO/ 13. ANOMALIA/ 14. GIRALDA/ 15. APENAS/ 16. MANUBRIO/ 17. VIBORA/ 18. CRUZAR/ 19. DESASIR/ 20. PICO.

"La música es amor en busca de todas las palabras." S. Lanier

crucigrama



B	A	L	A	D	A	■	B	R	I	C
U	■	I	S	O	T	E	R	A	■	O
Z	A	F	A	R	I	■	E	S	A	S
O	S	T	R	A	L	■	G	A	M	E
■	A	■	■	S	A	L	U	D	A	R
U	D	I	N	E	■	L	E	O	N	A
V	E	R	A	N	E	O	■	■	S	■
E	R	I	C	■	D	R	E	N	A	R
R	A	S	E	■	G	O	M	E	R	A
A	■	A	R	I	A	N	A	S	■	E
L	O	S	A	■	R	A	M	S	E	S